

Moraleja de la incomprensión

I

Presentamos en las páginas que siguen una traducción y edición crítica de un artículo sobre la poesía de Quevedo que Ezra Pound publicó en la revista bilbaína *Hermes* en 1921. Hasta donde se nos alcanza, dicho artículo sólo volvió a ver la luz en la revista *Trece de nieve*,¹ aunque sin las notas que acompañan esta nueva reimpression y que ayudan, pensamos, a un mejor entendimiento de las circunstancias que rodearon su escritura². Aunque no se trata estrictamente de una primicia, el artículo posee una especial relevancia para el lector de poesía, ya que no abundan en la obra de Pound (ni en la de sus contemporáneos del mundo anglosajón) las reflexiones críticas sobre aspectos o figuras de la tradición literaria española. A excepción del capítulo que dedica a Lope de Vega en su temprano *The Spirit of Romance*, Pound parece haber consignado el conjunto de la literatura española al desván de la indiferencia. Sus razones quedan suficientemente explicadas en el artículo que reproducimos, y no tiene sentido volver sobre ellas en el corto espacio de esta introducción.

Sí merece comentario, sin embargo, el silencio que los principales poetas anglosajones de este siglo han guardado acerca de la tradición poética española. Dicho silencio ha remitido en los últimos tiempos (baste recordar el trabajo traductor de Charles Tomlinson, Geoffrey Hill o W.S. Merwin, entre otros), pero sigue envolviendo la obra de muchos de nuestros poetas más relevantes: Quevedo, Góngora y, ya en este siglo, Cernuda o Guillén. Al hojear las páginas de *The Varieties of Metaphysical Poetry* de T.S. Eliot, reciente compilación de las conferencias que el poeta angloamericano dio en torno a preocupaciones muy cercanas a su quehacer creativo, sorprenden sus escasas menciones a Góngora y su nula familia-

¹ *Trece de nieve*, 2ª época, Nº 3, mayo, 1977, págs. 9-26.

² Refuerza nuestra decisión de reimprimir el artículo el hecho de que ambas revistas son, en estos momentos, de muy difícil localización.

ridad con la poesía de Quevedo, quizá el poeta más cercano en sensibilidad y talento verbal a los metafísicos ingleses. El libro, como todos los de su autor, exhibe esa mezcla de sentenciosidad y seriedad burlesca capaz de planear sobre una idea sin banalizarla, pero queda lastrado por su ignorancia de la lengua y literatura españolas, que toca muy de pasada y en traducciones francesas de la época. Esta carencia es aún más notable por cuanto el interés del *modernism* por los metafísicos ingleses coincide en el tiempo, y por razones similares, con el neogongorismo de buena parte de nuestra generación del 27. Eliot, sin embargo, que redactó la primera parte de su estudio en el año del aniversario gongorino, no pareció preocuparse demasiado por solventar sus dudas. A Quevedo ni lo nombra. Góngora no corre mejor suerte. Aunque relaciona felizmente al poeta cordobés con Marino, es muy poco lo que puede decir sobre su obra; sordo o ciego ante su arquitectura verbal, improvisa un par de excusas y hace un mutis rápido: «...no he mencionado [a Góngora] porque no domino el español hasta el punto de poder leer con fluidez a un poeta tan difícil, y porque la influencia del gongorismo en la poesía inglesa me parece menor que la del marinismo». Pero, ¿y Quevedo? Sabemos que John Donne leyó con gusto y provecho al poeta español, y que hay afinidades evidentes entre sus poemas, pero de tales correspondencias Eliot nada dice. Alguien podrá afirmar, no sin razón, que cada uno es responsable de sus limitaciones (y, en rigor, algunas de las conclusiones de Eliot pecan de poco fundamentadas), pero también es cierto que hubiera sido interesante contar con su juicio, siquiera para insertar nuestra tradición en el contexto de una vanguardia más sólida o menos maniatada por un surrealismo con tendencia a la ramplonería y la autoindulgencia.

De Ezra Pound, por otro lado, puede esperarse una menor prudencia, pero también una mayor curiosidad sobre la literatura en lenguas romances. Su pasión por la poesía provenzal y por la obra de Guido Cavalcanti, contemporáneo de Dante, inspiró algunas de sus mejores traducciones y explica la evolución y movimientos de su poesía desde *Personae* hasta *Hugh Selwyn Mauberley*. Aunque no siempre acertara en la mezcla de ingredientes, Pound buscó casi siempre imitar la concisión y elaborada simplicidad del lenguaje trovadoresco, aparte un punto irónico y epigramático que contrasta con el romanticismo decadente de su imaginario, aprendido tempranamente de Swinburne y los parnasianos franceses. Por lo demás, en tanto que poeta y crítico, Pound da la impresión de ser un hombre inquieto, nervioso. El estilo de los *Cantos* exacerbará esta primera impresión, pero ya su biografía temprana aparece llena de desconcierto y prisa pedante. Impaciente, incapaz de quedarse quieto, salta de un tema a otro, de un escenario a otro, de una emoción a otra, adopta protegidos y movimientos literarios con la misma rapidez con que los abandona y,

mientras tanto, publica antologías, artículos, traducciones y hasta manuales de lectura a un ritmo frenético que sólo remitirá levemente a mediados de la década de los treinta, cuando los cambios en el panorama literario inglés, no digamos ya norteamericano, lo consignen a un cierto olvido.

El presente artículo, publicado en 1921, es decir, al mismo tiempo que algunos de sus primeros *Cantos*, muestra un compendio de las virtudes y defectos críticos de Ezra Pound. Por un lado, su erudición no pedante, el ingenio, la agudeza, su capacidad para establecer relaciones iluminadoras entre diversos escritores y diversas literaturas, su honestidad y absoluta independencia de criterio, que le llevan a no dar nada por sabido o aceptado, la claridad y concisión de su prosa, su pasión por la poesía en tanto que lugar del lenguaje, su consideración de la tradición literaria como un cuerpo vivo, poblado de ecos y correspondencias, su irreverencia y su disposición a conversar de igual a igual con cualquier escritor, su convencimiento, en fin, como sugiere en algún momento, de que el halago indiscriminado a los clásicos es nocivo para la tarea literaria. El conjunto de sus virtudes es un todo armónico, y prueba que no ha habido en este siglo crítico más apasionado que Pound. En este sentido, y por mucho que le pesara al propio poeta, al menos de palabra, nos hallamos ante un escritor profundamente norteamericano. Educado en un medio esencialmente puritano aunque revestido de trascendentalismo (de ahí sus veleidades ácratas, que tanto recuerdan a Henry Thoreau), Ezra Pound es un escritor de profunda raíz didáctica: él mismo entendía su trabajo como el de un educador, alguien cuyos conocimientos y claridad de juicio convierten en guía y estímulo para el resto de la sociedad. Como buen lector de Mallarmé, es consciente de que la labor poética implica el cuidado y limpieza («la purificación») de la lengua de la tribu. Los poetas no son tanto los legisladores no reconocidos del mundo, formulación de Shelley que Eliot criticó ácidamente, como los responsables de que el lenguaje adquiriera la máxima precisión, concisión y economía en su uso cotidiano o, lo que es igual, de que sea capaz de expresar con simple nitidez la más amplia gama posible de experiencias. En cuanto los poetas descuidan su vigilancia del lenguaje, «todo se pudre». El espíritu fundamentalmente pragmático de Pound toma cuerpo en una prosa personalísima, escrita a ritmo de *staccato*, llena de atajos y elipsis, de referencias personales y sobreentendidos, de aforismos y frases lapidarias. Leyendo sus ensayos críticos, queda claro que Pound disfruta por igual con sus odios y con sus amores: ambos le ayudan a tomar partido, a definirse, a establecer con afilada claridad su posición.

Sus defectos, claro está, no son menos extremos, y en cierto modo estorban su labor didáctica: las prisas, la arbitrariedad casi infantil, el egocentrismo, que iría en aumento con los años, el juicio sumario a par-

tir de indicios o pruebas insuficientes, su insistencia, en fin, en razonar y erigir en ley objetiva lo que su gusto ha decidido previamente. En todos los casos pareciera que sus defectos son inextricables de sus virtudes: caras de una sola moneda. Ciertamente, sus juicios a menudo irritan y exasperan o son irrelevantes, pero parten todos de una fe profunda en la literatura y de una consideración grave (lo que llaman los ingleses *seriousness*) del trabajo poético. De ahí que se le perdone incluso cuando más yerra el tiro. De ahí su pertinencia radical para toda persona implicada seriamente en la tarea literaria. Es escritor de manías contagiosas, y por ello es preciso leerle en pequeñas dosis. Pero es también un escritor necesario: no importa qué página de las suyas abramos, tiene siempre algo aprovechable.

Es muy posible que la mayoría de los juicios vertidos por Pound en este artículo, juicios poco o nada halagadores, escandalicen a los lectores de Quevedo o a aquellos que entienden el diálogo con los clásicos como una escucha servil. En rigor, Pound demuestra en bastantes pasajes del artículo no haber comprendido en qué consiste la peculiar belleza de la lengua y del mundo quevedescos, y no entender tampoco de qué modo el poeta español, aun siendo hombre muy de su tiempo, anuncia ciertas preocupaciones centrales de la modernidad. Pero la discusión de ideas no era el fuerte de Pound, que siempre se inclinó más por los problemas de índole retórica. Por otro lado, es cierto que maneja sus fuentes con escaso apego por las convenciones académicas o editoriales: sus citas son anárquicas e incompletas, sus traducciones de los originales pertenecen al ámbito de las adaptaciones libres y no siempre respetuosas, y muchos de los pasajes citados no son ni tan siquiera representativos de la obra mejor de Quevedo; ignora, por ejemplo, el conjunto de sus sonetos (a excepción del que comienza «Buscas a Roma en Roma...»), pero incluye poemas pertenecientes a los *Sueños*, cuya intención es por lo general paródica o ilustrativa. Si tenemos en cuenta que el volumen 69 de la *Biblioteca de Autores Españoles*, obra consultada por Pound, incluye la totalidad de la obra poética de Quevedo conocida a fines del siglo pasado, hay que convenir que sus decisiones no son muy afortunadas. A ello se suma el hecho de que algunos de los pasajes citados por Pound difieren en gran medida de los textos fijados por José Manuel Blecua en la edición de 1968; es decir, Pound invoca en su crítica a la obra de Quevedo pasajes corruptos o apócrifos y sensiblemente inferiores a los poemas originales.

Sin embargo, ¿hará falta repetir, pese a lo defectuoso de los cimientos, que sus conclusiones no pueden ser ignoradas si queremos comprender cabalmente el alcance y limitaciones de nuestra propia tradición poética? La mirada de Pound es la mirada del otro: es un extraño, un extranjero, pero también alguien a quien no engañan antiguas obligaciones o lugares comu-

nes, que es capaz de juzgar lo viejo como si fuera nuevo, y que al darnos su visión de Quevedo nos revela detalles o aspectos del original que acaso nos hubieran escapado. La suya es una mirada incómoda por irreverente, polémica pero dialogante. Tan nocivo será que la rechacemos o la aceptemos en bloque. Dejemos, mejor, que nos dé una nueva perspectiva, a su vez cuestionable, desde la que cuestionar nuestra historia literaria.

II

Preciso es aclarar algunos puntos referidos al artículo y su reimpresión. «Some Notes on Francisco de Quevedo Villegas» fue publicado en el número 69, pp. 199-213, de la revista bilbaína *Hermes* en el mes de marzo de 1921. El original aparece en inglés, pero afeado por numerosas erratas, lo que muestra que Pound no debió poder corregir pruebas, si bien no hay que descartar, dada la velocidad a la que trabajaba el poeta, la posibilidad de que el original contuviera errores previos. El artículo no ha vuelto jamás a ver la luz en un país de habla inglesa, ya sea en revista o en algunas de las muchas compilaciones de la obra crítica de Pound publicadas desde mediados de la década de los veinte.

No es fácil explicar cómo un artículo del entonces casi desconocido en España Ezra Pound acabó publicándose en una revista cultural vasca de ideario nacionalista. Según explica José-Carlos Mainer en su detallado estudio de la revista³, *Hermes* fue fundada en enero de 1917 por el intelectual y nacionalista vasco Jesús de Sarría. La historia de la revista, a la que contribuyeron nombres tan ilustres como Unamuno, Baroja, Pérez de Ayala o Salvador de Madariaga, por nombrar a unos pocos, puede dividirse a grandes rasgos en tres etapas. Durante la tercera y última, que comprende de enero de 1921 a julio de 1922, fecha en que Sarría fallece súbitamente, *Hermes* alcanza una vasta proyección internacional, dando a conocer literatura inglesa, francesa y sudamericana y siendo traducida en Oxford y Cambridge. El mismo Mainer califica de «inesperada» la presencia de Pound en *Hermes*, aunque aclara de inmediato que fueron tres los artículos del norteamericano publicados en sus páginas⁴, claro que Miguel Gallego Roca reproduce en un estudio más

³ José-Carlos Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, A. Redondo Editor, Barcelona, 1974, pp. 125-223. Son particularmente reveladoras las páginas dedicadas al contexto socio-económico en el que se gestó la revista, así como el repaso y análisis que hace J.C. Mainer de sus diversos colaboradores.

⁴ Los otros dos son «El arte poético en la Inglaterra contemporánea», *Hermes*, 1920, n. 62 y «La Isla de París», *Hermes*, 1921, n. 65.

reciente⁵. ¿Quién o qué, en cualquier caso, contribuyó a que Pound hallara un hueco en la revista? Los datos proporcionados por Mainer parecen apuntar en tres direcciones no incompatibles: por un lado, el crítico, poeta y traductor Enrique Díez-Canedo había publicado ya en el número 56 (febrero de 1920) una reseña del panorama poético estadounidense del momento, donde no se escatimaban los elogios a la obra de Pound; por otro, Rabindranath Tagore, con quien Pound mantuviera un estrecho contacto durante sus años londinenses, vio publicados algunos de sus poemas en la versión de Zenobia Camprubí, y no es improbable que el escritor indio recomendara el trabajo de su amigo; a los nombres de Díez-Canedo y de Tagore podríamos sumar el de otro colaborador, el inglés Arthur Symons, que dio a conocer el movimiento simbolista francés en su país y al que Ezra Pound, por medio de su común amigo W.B. Yeats, conocía y admiraba, aunque con la habitual displicencia que otorgaba a sus mayores. Cualquiera de los escritores mencionados pudo haber facilitado la entrada de Pound en *Hermes*, aunque tampoco cabe descartar la recomendación de alguno de sus contactos en Oxford y Cambridge. En cualquier caso, es curioso notar que su nombre no figura en la lista de colaboradores ilustres que detalla el *Diccionario Enciclopédico Vasco*⁶.

Por lo demás, no es probable que por aquellos años los lectores españoles (y algunos de los ingleses) de la revista tuvieran conocimiento cabal de la personalidad de Ezra Pound, a menos que hubiesen leído la reseña de Díez-Canedo antes mencionada. Lo que sí asombra es la aparente inconsciencia o segura impertinencia del poeta, que no duda en publicar un ataque crítico a una figura de las letras españolas en una revista publicada en España, estrategia que no parece la más idónea para abrirse paso en un medio extranjero. Quizá contara con que la barrera del idioma impediría a muchos lectores españoles seguir su invectiva, pero, entonces, ¿a qué publicarla?

La traducción incluye, por considerarlos de gran interés, los pasajes en los que Pound traduce o versionea a Quevedo. De dichos paisajes se ofrece en nota a pie de página el original. En la medida de lo posible se ha echado mano de los volúmenes consultados en su día por Ezra Pound, y se ofrece también, en los casos pertinentes, el texto fijado por José Manuel Blecua en la edición de Editorial Planeta de 1968. Dada la antigüedad de algunos de los volúmenes citados, es probable que Pound

⁵ Miguel Gallego Roca, *Poesía importada. Traducción poética y renovación literaria en España (1909-1936)*, Universidad de Almería, Almería, 1996, p. 178.

⁶ Enciclopedia General Ilustrada del París Vasco. Cuerpo A: Diccionario Enciclopédico Vasco, Editorial Auñamendi, San Sebastián, 1985, vol. xviii, p. 227.